

24. El espía

El largo camino recorrido, o navegado, por Locuras y Krispín tocaba a su fin. El Izarra, cansado, apoyaba en el muelle de Santurce sus bandas marcadas por tantas batallas y, al igual que el pesquero, sus tripulantes llevaban en su rostro las arrugas que el silbido de balas, escenas de miedo, ruidos entre brumas, rociones de agua salada y de sangre, gritos como aullidos, ojos abiertos sin vida, carretas atascadas en fango..., les habían marcado en los últimos dos años, como si fueran dos décadas.

Bilbao estaba cercado por las tropas franquistas y sus hordas falangistas, olía a pólvora y miedo, era cuestión de un par de días, como mucho, que los regulares desfilaran por la Gran Vía. Krispín estaba decidido a acercarse a Saturrarán como fuera, no quería seguir huyendo hacia el Oeste con Locuras en el pesquero.

Los republicanos estaban desmoralizados después de caer el inexpugnable Cinturón de Hierro, que en teoría iba a protegerlos del avance de los alzados y que no duró un solo ataque, por la traición de su creador. Algunos milicianos cántabros y asturianos, más violentos y extremistas, buscaban en los prisioneros políticos y militares una manera violenta de compensar su frustración y la revancha a los bombardeos indiscriminados de los aviones alemanes e italianos que asolaban a la población civil. Ya habían asaltado algunas cárceles y fusilado

a los prisioneros sin que mediara ningún juicio ni sentencia, al igual que hacían en el bando contrario.

Los nacionalistas intentaron por todos los medios evitar tantas atrocidades, y destinaron batallones vascos, más la Ertzaintza, al orden público. Trataban no solo de impedir fusilamientos indiscriminados y, a veces, simulados para terror de los presos, sino que tenían orden de evitar la quema de Bilbao, cualquiera que fuera su instigador. Varios de sus defensores, ante la rápida aproximación del ejército franquista, pretendieron no dejarles nada, solo cenizas.

En algunos casos, como Deusto, hubo enfrentamientos armados entre los partidarios de la quema y la Ertzaintza que quería evitarla. El Gobierno Vasco logró impedir que se destruyera Bilbao, en eso coincidía con las intenciones alemanas para mantener intacta la industria en su beneficio, mientras que los militares franquistas y los extremistas republicanos hubieran preferido arrasarla, por muy distintas motivaciones, unos para destruir al pueblo vasco y otros para evitar su aprovechamiento por las fuerzas invasoras. Curiosa coincidencia.

Los gudaris custodiaban a dos mil presos rebeldes que el Gobierno Vasco había decidido entregar a las fuerzas atacantes para evitar que fueran fusilados por unos exaltados que exigían su ejecución como represalia. Kispín desfilaba entre ellos, su patrón, Locuras, le había entregado como supuesto marino rebelde con la cartilla de Antxon Munguía, ahora era Antxon a todos los efectos.

—¡Alto el fuego, alto el fuego, alto el fuego! —repetían los nacionales a lo largo de un kilómetro en el frente de Artxanda.

En columna de seis en fondo, marchaban hacia las trincheras franquistas los sorprendidos prisioneros rebeldes con los ojos bien abiertos, incrédulos y todavía esperando el traqueteo de la ametralladora que les fusilaría. Miraban a los lados buscando una explicación, unos apoyados en otros. Casi todos demacrados y malolientes, iban custodiados por una compañía de gudarís, fusil en mano firme. Aceleraron el paso a pesar de su doloroso cansancio; un creciente murmullo se levantó al ver la bandera blanca junto al estandarte de la ikurriña, agitándose encima de sus cabezas. Delante, en su dirección, otra bandera blanca ondeaba en la primera línea del frente de los nacionales.

El paso se tornó trote y al final galope, levantando una gran polvareda. Los hombres seguían buscando alrededor una justificación, una señal que aclarara su libertad, su huida de las masacres que se cometían en algunas cárceles, varios se cayeron en el camino y fueron llevados en volandas por sus compañeros.

Los franquistas se apartaron, abriendo una invisible puerta a sus compañeros que los desbordaron a la carrera. La mayoría continuaba mirando hacia atrás, esperando disparos a su espalda. Hubo vítores y abrazos entre desconocidos del mismo bando.

El coronel rebelde y sus oficiales que le rodeaban a corta distancia, se cuadraron y saludaron al capitán de los gudarís, que respondió con la misma marcialidad. Hubo un momento de duda cuando el oficial nacional se adelantó con los brazos abiertos en clara señal de agradecimiento por haber salvado a sus camaradas; el capitán le propuso solo la mano que el otro agarró con mucha expresividad y la movió durante un buen rato sin soltarla. Le entregó

una larga lista de los prisioneros donde, al final, figuraba un tal Antxon Munguia.

Los gudarís volvieron pronto a la defensa de Bilbao, expuestos tal vez al día siguiente a los disparos de quienes les vitoreaban cuando les dieron la espalda.

¡Erotuta dago!⁴²

Pasaron rápida revisión médica a los heridos y enfermos para descartar a quienes no podían desplazarse por su estado; al resto le dieron el rancho, pan y agua, otros recibieron ropa usada, tal vez de compañeros fallecidos, muchos hedían por el miedo que habían pasado. No podían quedarse en el frente, estaban en pleno avance, y poco a poco les trasladaron a la retaguardia en trenes y camiones que continuamente llevaban a la vanguardia municiones, víveres y tropas de refresco.

Iban hacinados en los vagones de madera del tren de vía estrecha que unía Bilbao con San Sebastián, Krispín, con menos suerte, tuvo que ir en una plataforma, que posiblemente había llevado un vehículo al frente, sentado con los pies colgando, al igual que el resto de sus compañeros. No hablaban, el silencio anunciaba un enorme y colectivo cansancio, y los pensamientos volaban hacia otros seres queridos que esperaban volver a ver o ya perdidos. Era el tren del hartazgo, del desencanto, a pesar de haber recuperado la vida que creían perdida.

El convoy paraba cada poco tiempo a ceder el paso de los trenes de transporte militar hacia el frente. Habían pasado ya por Eibar, Elgoibar y Mendaro y estaban parados en vía muerta a la altura de Deba. Perfecto, pensó. Esta vez la suerte estaba con él.

—Voy a mear —anunció con desgana, igual que otros. Cuando el tren reanudaba su marcha, los que

42 ¡Estamos locos!

se habían bajado tuvieron tiempo de recuperarlo, Krispín no quiso.

Se quedó escondido entre los matorrales hasta que oscureció. No sabía dónde estaba, eso no era prioritario. Se dirigió hacia el Norte por estrechos caminos, solo se escuchaban lejanos ladridos, buscaba la mar, su medio. Cuando la encontrara sabría de inmediato dónde estaba y hacia dónde ir; tantas y tantas veces había costeado Guipúzcoa. Llegó a un acantilado, no tardó en reconocerlo, era Punta Alkolea, a la derecha Deba y a la izquierda Motrico, estaba claro.

Cansado y aturdido, comió un par de manzanas que había recogido en el camino y repasó por milésima vez el plan que había maquinado en su soledad: con su nueva identidad de pescador liberado podría trabajar en Ondarroa, cerca de Amalia y de su hijo; de manera que los sintiera tan cerca, casi podría tocarlos y quién sabe si también visitarlos. Podrían estar juntos, unidos. Y si los trasladaran, él se iría tras ellos, y así hasta que los liberaran. Casi lloraba de alegría de sentirse próximo a cumplir sus sueños. Ahora tenía que volver a la realidad: llegar hasta Ondarroa sin ser visto.

Con la cautela y astucia de que era capaz, que era mucha, avanzaba alerta, con todos los sentidos. Al menor ruido se escondía y solo los animales lograban verlo en los distintos refugios de su camino. Bordeó prudentemente Motrico por el monte y puso rumbo a Ondarroa. Se acercó a la costa y no pudo evitar mirar y acercarse un poco a Saturrarán a aspirar el aire que respiraban las reclusas.

De pronto, un terrible golpe en la espalda con una culata de fusil le dobló el cuerpo y cayó fulminado, luego recibió una, dos y hasta tres fuertes

patadas en el costado. Perdió el sentido. Se despertó con el sabor dulce de su sangre, en un suelo húmedo y duro, con una luz mortecina. Entre dos individuos lo sentaron en una silla de la que cayó al tercer puñetazo. Le costaba respirar y ver.

—Mírale los bolsillos. Cuidado, no te manches —dijo chulesco el mando.

—Aquí dice que es pescador y se llama Antxon Munguia —aclaró desde el suelo el falangista.

—Otro hijo de puta espía comunista. Ya lo habéis visto. Merodeaba por aquí oliendo a hembra marxista y espiándonos. Mañana al amanecer lo lleváis con los otros al paseillo. —Le escupió antes de salir.